

LA BATALLA QUE AUN FALTA

SE fueron como llegaron. Furtivamente amparados en las sombras de la noche. Por traición asaltaron la República. Y por traición escaparon a su justicia. Con la cobardía de los que no luchan de frente arrebataron el poder que no podían conquistar. Y con esa misma cobardía lo abandonaron. Cayeron como habían de caer. Sin gloria, sin dignidad y sin decoro. Y mientras ellos, los grandes culpables, se daban a la fuga ignominiosa con sus crímenes y sus millones, quedaban en los campos de Cuba, en la lucha sangrienta desencadenada por su perfidia, sus propios soldados abandonados a su suerte. Los que en el fanático delirio de su insania criminal habían enviado al sacrificio y a la muerte.

Detrás quedaba un pueblo desangrado. Con sus campos desolados, sus ciudades bombardeadas, su economía quebrantada y sus instituciones destruidas. Balance sombrío y angustioso de la larga jornada de terror. Pero, a la vez, un pueblo liberado de la oprobiosa coyunda por el esfuerzo de sus mejores hijos. Un pueblo que ha dado al mundo, en ejemplo glorioso de voluntad invencible, demostración de su auténtica vocación de libertad. Un pueblo, sobre todo, que ha resurgido de esta prueba dramática con una confianza en sus propios destinos que una dolorosa sucesión de frustraciones le había hecho perder. Esta ha sido, quizás, la mayor de las conquistas de la Revolución: haber devuelto la fe a los cubanos. Pero, por eso mismo, conlleva para los hombres que la han forjado, la mayor de las responsabilidades. No puede bastarle a nuestro pueblo el haber salido de la opresión. La opresión era un obstáculo a remover. Pero la Revolución es un ideal a alcanzar. Rotas las cadenas de la tiranía, queda libre el camino. Pero hay otras cadenas que aún pesan demasiado sobre los destinos de Cuba. Y sólo cuando ellas se quiebran podrá la República ser dueña de esos mismos destinos. Se han dado en estos 6 años hermosas batallas por la libertad. Pero para los hombres que nos la han conquistado sólo ahora comienza la gran batalla de la genuina Revolución. La batalla que aún falta.

La hora de la liberación

Se ha dicho que es ésta la hora de la reconstrucción. Pero ha de ser aún algo más: ha de ser la hora de sentar las bases para nuestra definitiva liberación. Reconstruir significa volver a levantar lo que se ha destruido. Mas también Cuba está urgida de que se construya lo que nunca fue edificado.

Es cierto que durante la tiranía de Batista, surgida de una madrugada siniestra, y abatida en un amanecer esplendoroso, ha vivido la República la etapa más sombría y desgarradora de su historia. Es cierto que la injustificable interrupción de nuestro ritmo democrático y la quiebra absoluta de nuestra vida institucional, destrozó todo el Régimen de libertades públicas que Cuba ya había alcanzado en envidiable grado de madurez política. Es cierto que a lo largo

Se fueron como llegaron.— Mientras se fugaban los grandes culpables.— La mayor conquista de la Revolución.— Las cadenas que aún faltan por romper.— La reconstrucción y la liberación.— Las grandes reformas que Cuba necesita.— El único compromiso de la Revolución.— Un triunfo revolucionario sin intervención extranjera.— Los intereses capitalistas y la cancillería norteamericana.— La hora de los oportunistas.— Los males que Dios permite.

por

ANDRES VALDESPINO

de estos años llegaron numerosas instituciones del país a escandalosos extremos de descomposición moral. Es cierto que al amparo de la anárquica legislación de la dictadura se han creado y han venido funcionando organismos económicos e instituciones docentes de alarmante peligrosidad para el futuro de Cuba. Es cierto que en el orden de los derechos del trabajo, la clase obrera cubana ha estado sometida a la más feroz, corrompida y reaccionaria tiranía sindical. Todo eso es cierto. Pero también lo es que antes del 10 de Marzo muchas otras cosas andaban ya torcidas. La dictadura de Batista no hizo sino agravarlas. Ya la dictadura ha caído. Pero sobre sus cenizas aún humeantes han de levantarse los cimientos de una Cuba nueva, liberada de la opresión y del despotismo, pero también de los vicios, de las injusticias y de los compromisos que han retardado a lo largo de la República la plena realización de su destino histórico.

No es ésta, por supuesto, tarea que pueda realizarse de la noche a la mañana. Ni conviene andar con precipitaciones que puedan echarlo todo a perder. Habrá siempre que recordar aquellas palabras del ahora Presidente Constitucional de Venezuela, Rómulo Betancourt, cuando explicaba, a raíz del derrocamiento del gobierno legítimo de Rómulo Gallegos en 1948: "El apetito de hacer historia y la angustia patriótica ante el retraso acaso país nos impulsó a ir a pasos acaso apresurados".

No es ésta, tampoco, empresa que pueda llevar a su plena realización un Gobierno provisional como el que ahora ha quedado constituido bajo la Presidencia del doctor Manuel Urrutia, el hombre cívico y honesto que en momentos de riesgo para su propia vida reconoció el derecho de los pueblos a rebelarse contra la opresión. Pero desde ahora es posible, y más que posible necesario, sentar las bases e iniciar el proceso de las grandes reformas que la Patria reclama: la austeridad y honestidad en el manejo de los fondos públicos, la efectiva sanción a los malversadores, la democratización del procedimiento electoral, la administración y el aprovechamiento de los recursos naturales del país en beneficio primordial de la Nación, la abolición de los grandes latifundios, la regulación del inversionismo extranjero en función del interés nacional, la orientación de una política agraria capaz de elevar el nivel social y proteger los legítimos derechos del sufrido y olvidado campesinado criollo, la atención material, moral y cívica a la depauperada escuela pública cubana, la revisión de nuestra política económica y crediticia. Todo esto no se hace en un día. Ni puede ser obra de un solo período de Gobierno. Pero en algún momento hay que comenzar. Y ninguno parece más propicio para emprender esa urgente tarea de rectificaciones que el momento genuinamente revolucionario que ahora vive Cuba.

Una revolución sin compromisos

Por primera vez triunfa en Cuba una Revolución sin compromisos ni mediatizaciones. Una revolución dirigida por un hombre de leyes, hecha por hombres de pueblo que aprendieron las tácticas militares en las batallas contra un ejército poderoso en armas pero débil en moral. Una revolución que derrota a un Régimen apoyado por los grandes intereses capitalistas y por la influyente cancillería americana. Una revolución que llega al poder sin intervenciones extranjeras que desnaturalicen su sentido nacionalista, y sin golpes militares que amenacen su proyección democrática. Una revolución, sobre todo, que ha ido, a lo largo de la lucha armada, construyendo escuelas, levantando hospitales, abriendo carreteras, civilizando poblados, organizando la economía, administrando justicia, en una guerra de liberación que aplicaba sobre la marcha los postulados de su doctrina reformadora.

Una revolución así no tiene más que un compromiso: el que, en nombre de todos los cubanos que en la lucha por la libertad han quedado a mitad del camino, ha contraído con el pueblo. Es un solo compromiso. Pero que, abonado con sangre de mártires y de héroes, está en el sagrado deber de cumplir.

La batalla que habrá que librar

Esa es la batalla que aún falta: la de la definitiva liberación de la Patria. Menos cruenta que las luchas armadas. Pero casi tan erizada de peligros. No se libra con rifles y granadas, sino con autoridad moral, rectitud de carácter y firmeza de propósitos. Habrá que librarla contra los intereses que tradicionalmente han venido lesionando los legítimos derechos del pueblo y oponiéndose a sus justas reivindicaciones. Pero también contra los oportunistas y los aprovechados que, ajenos a la tragedia de Cuba durante estos seis años, o aún en franco contubernio con el Régimen derrocado, vociferan ahora en nombre de la Revolución que son incapaces de sentir y comprender. Los hemos visto en estos días aparecer en radical actitud revolucionaria que nadie antes les conocía, ante las cámaras de televisión. Y mientras los sencillos combatientes que expusieron sus vidas por darnos la libertad se presentan ante el público con ejemplar modestia, esos otros, algunos de ellos dirigentes de organismos e instituciones que llegaron a solidarizarse públicamente con la funesta tiranía, alardean cínicamente de su recién estrenado "fidelismo", incluso con la esperanza de calzarse cómodamente alguna ventajosa posición.

No son, ciertamente, días fáciles los que esperan a la República. Es mucho lo que hay que remover, limpiar y sanear. Y mucho más aún lo que hay que construir, crear y sostener. Pero para lograrlo hay una dirigencia que ha demostrado valor para el sacrificio, talento para la organización y capacidad para el mando, simbolizada en la figura

[Continúa en la Pág. 164]



"...Un pueblo desangrado. con sus campos desolados, sus ciudades bombardeadas..."